

Adoradores jóvenes también. 4ª Capilla de Adoración permanente.

El domingo 18 de diciembre abriremos la Capilla de Adoración permanente de Elda. Será la cuarta que vamos a tener en la Diócesis.

Corresponde, en esta ocasión, a la Vicaría III, la del Bajo Vinalopó.

“Qué significa adorar”, pregunta nuestro querido Papa. Y a renglón seguido respondo: “al amanecer y al atardecer, el creyente renueva cada día su ‘adoración’, es decir, su reconocimiento de la presencia de Dios, Creador y Señor del universo. Es un reconocimiento lleno de gratitud, que brota de lo más hondo del corazón y abarca todo el ser, porque el hombre sólo puede realizarse plenamente a sí mismo adorando y amando a Dios por encima de todas las cosas” (7.8.2005)

A este reconocimiento y a este amor somos invitados todos. Muchos hermanos viven a flor de piel la respuesta en las Capillas que permanecen abiertas día y noche en la Diócesis. Lo viven, con provecho, lo comentan gozosamente y quieren compartirlo con otros. Pero avancemos en la reflexión de la mano de tan experimentado guía. “No es que en la Eucaristía simplemente recibamos algo. Es un encuentro y una unificación de personas, ahora bien, la persona que viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros es el Hijo de Dios. Esa unificación sólo puede realizarse según la modalidad de la adoración. Recibir la Eucaristía significa adorar a Aquél a quien recibimos. Precisamente así, y sólo así, nos hacemos uno con él” (Benedicto XVI, 22.12.2005).

En pocos momentos de la vida se pueden tener experiencias tan gozosas y alentadoras como las tienen quienes, de día o de noche, pasan una hora semanal ante Jesús Sacramentado. Preguntad y que os digan. Muchos de ellos han sido los primeros sorprendidos. Solo la adoración “nos hace verdaderamente libres, sólo ella da criterios para nuestra acción. Precisamente en un mundo en el que progresivamente se van perdiendo los criterios de orientación y existe el peligro de que cada uno se convierta en su propio criterio, es fundamental subrayar la adoración” (22.5.2005).

Reiterada invitación

Animo, pues, una vez más a personas y familias –encontramos en algunos turnos mayores y pequeños, miembros de una misma familia, que adoran juntos... ¡qué ejemplo tan alentador!-, a que prueben, disfruten... y después, si os parece, hablamos de nuevo.

Me dicen que se están cubriendo ya los diversos turnos con adoradores de Elda y su entorno, Pero pienso ahora con todo interés, en los centenares de jóvenes que nos acompañasteis en la JMJ de Madrid y que en la memorable noche de Cuatro Vientos casi tocamos con las manos el silencio profundo de la adoración eucarística. Con el Santo Padre a la cabeza. Con el agua del cielo que regó aquel campo de aterrizaje aéreo y nos regó también a nosotros. Con las palabras contenidas, en aquella noche memorable, porque el asombro, el fervor, el gozo y la alegría se respiraban y contagiaban también, según nos han dicho, a quienes, lejos de aquí, estaban unidos a nosotros a través de los medios. Participábamos, al unísono, “en el acto más grande de la adoración de la Iglesia”. Porque la Iglesia entera, nuestra Madre, estaba allí perfectamente representada y en provechosa actitud de permanencia orante, aquella noche.

Invito igualmente a los grupos de costaleros cofrades, que en Semana Santa acompañáis, llevando sobre vuestros hombros imágenes bellísimas del Redentor y

de su Madre, también Madre nuestra. Mirad, en la Eucaristía, en la Custodia, está realmente presente Jesús, nuestro Salvador.

Esta presencia se denomina “real” –precisa el Catecismo de la Iglesia Católica-, no a título exclusivo, como si las otras presencias no fueran “reales”, sino por excelencia, porque es sustancial, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente (n. 1374).

Hay, en consecuencia, algo más. Así lo explica nuestro querido Papa:

“Sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros” (22.12.2005).

Os espero, pues, a centenares de adoradores nuevos. Venid, adorémosle. Mejor, nos espera Él a todos. Acudid, probad y veréis.

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante